SOFÍA RAMOS WONG

LUZBEL



Áurea Ediciones

© Luzbel
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Marzo 2024
© Sofía Ramos Wong
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan “Nitrox” Márquez
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-67-9
Registro de Propiedad Intelectual: N°: 302.539



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Primer movimiento
(Allegro de sonata)

Actun Tunichil Muknal



Azrael caminó el trayecto de ida a paso calmo y sin acelerar. Bajó sin problemas la colina que conocía como "de los reyes malditos" hasta llegar a la entrada de la caverna de *Actun Tunichil Muknal*. Las aguas estaban más tranquilas que nunca y el reflejo de la luna hacía resaltar la belleza natural de esa maravilla arquitectónica. Giró para adentrarse en un estrecho pasadizo escondido antes del sendero de los esqueletos y la doncella de cristal. Avanzó hasta el fin de la pared de cerámica y cristales rosados hasta llegar a una cámara enorme. A pesar de su larga ausencia, recordaba muy bien el recorrido a través de las cavernas coloreadas con piedras preciosas desconocidas para el ser humano; cual pinturas en un museo, con brillos tornasoles iluminando cada rincón y hasta la sala decorada con huesos calcificados antes de llegar al río. Azrael continuó sin detenerse hasta el final de la gruta.

—¡Alto ahí! —se escuchó desde dentro de la cámara. Azrael detuvo su paso y le hizo frente a la sombra—. No tienes autorización para estar en este lugar.

—Vete al Edén, maldito querubín. No tengo tiempo para tus juegos —respondió Azrael.

Entonces un ser vestido con una capucha de color burdeo se asomó por el borde del túnel. Portaba escondido en una mano un puñal y en la otra un pequeño cristal.

—Azrael, tanto tiempo sin ver ese cabello fulgurante —preguntó el misterioso ser bajo la túnica—. ¿Qué haces aquí?

— Necesito verle.

—A quien tú buscas no se encuentra en este lugar. Yo soy el celador.

—Querrás decir, protegiendo lo que usurparon —se apresuró en responder Azrael.

—La interpretación de un arcángel no cambia la realidad. Estos son ahora sus aposentos.

—Te haré tragar tus palabras —dijo Azrael, haciendo reaccionar al querubín, quien aferró el puñal con más fuerza y se colocó en posición de ataque—. No sería la primera vez que te derribo, Kasbel.

—Querida —dijo el querubín, mordiendo su orgullo—, sabes que estoy más arriba que tú y mi poder es mucho mayor. Solo un arcángel se aferraría tanto a una victoria pasada.

—Si estás tan seguro de tu poder, no temblaría la mano sobre ese puñal —respondió Azrael, sorprendiendo a Kasbel—. Pero no he venido a perder el tiempo contigo. ¿Dónde está?

—Dejó este lugar hace milenios, adornó este jardín artificial repleto de luces, estrellas y piedras para no extrañar tanto mi hogar —le confesó el querubín—. Pero a fin de cuentas todos vamos a desaparecer hasta transformarnos en una sola luz.

—No te compadezco.

—Azrael, tú sabes lo que está pasando. Estás más cerca de Hashem que cualquiera de nosotros. Casi has alcanzado

el *Clara*. ¿Aún no sabes dónde está?

—No puedo sentir su presencia.

—Nosotros nunca hemos podido sentir la presencia de otro ángel, pero sí de los seres humanos. —Azrael se quedó asombrada con la respuesta del querubín—. Vaya, veo que no te esperabas eso.

—Si juegas conmigo, prometo que te llevaré personalmente al Edén para que enfrentes a Hashem. Tendrás que mirarla a los ojos, y desearás volver a esta tierra asquerosa a la que llamas hogar. Y eso es peor que cortarte la cabeza o despellejarte.

—¿Por qué necesitas de su presencia tan urgente? —Kasbel cambió de tema.

—Se ha roto el sello del tiempo. Sigma Elyon ha perecido… y tarde o temprano los ángeles y los demonios van a ir de cacería —respondió Azrael, dejando al otro sin palabras.

El querubín se sacó la capucha, dejando ver un hermoso ser de cabellos rojos como el fuego y largos como su altura, de su cabeza sobresalían dos mechones elevados sobre los demás, dando la forma de cuernos.

—Es imposible. Estás mintiendo. Azrael —le dijo incrédulo, caminando a paso lento hacia ella—. ¿Tú sabes lo que eso significa?

—Sí. Por ese motivo necesito encontrar a Luzbel —respondió Azrael—. Sácate ese traje, te ves ridículo, pareces un diablo —agregó, para luego dejar atrás la cueva y al querubín, quien solo se limitó a observar cómo el arcángel desaparecía en la oscuridad.

El camino de vuelta fue más rápido que el de ida. Los pasos fluidos y acelerados aumentaban con las ganas salir de lugar para ir en busca de quien le interesaba. Dobló en las esquinas correctas a ciegas hasta llegar a la abertura escondida en la pared. Cuando por fin salió del laberinto y de la cueva afuera ya se asomaba el sol, se elevó y avanzó con cuidado entre las piedras del lugar hasta llegar al claro del río. Observó el reflejo de los rayos de sol asomándose por los cerros y que poco a poco se acercaban a su cuerpo, aún con una luna llena completa sin desaparecer del cielo. Quedó inmóvil, observando por primera vez aquel espectáculo de la naturaleza, hasta que el sonido de ramas quebrarse a lo lejos hizo que volviera en sí. Giró su cabeza con rapidez y dirigió su mirada hacia el lugar de donde provenían aquellos ruidos.

—¿Esa es la forma de recibir a una visita? —dijo Azrael sin mostrar ninguna emoción.

—Lo que yo haga y como te afecte no es mi problema, es tuyo —respondió Luzbel—. Mi querida hermana, pareciera que fuera ayer que nos vimos por última vez —le dijo viéndose como una mujer que no superaba los treinta años de edad, vestida con una polera sin mangas blanca, un pantalón corto verde, calcetas, botines cafés y una mochila en la que atravesaba una chaqueta. El gorro de explorador dejaba asomar sus cabellos grises violáceos que caían por sus hombros hasta la mitad de su espalda. Llevaba lentes de sol que ocultaban sus ojos grises, los cuales dejó descubiertos a los intensos ojos negros de Azrael.

—Luzbel, cariño. Qué gusto de verte —dijo Azrael justo en el momento en que el sol comenzaba a abrigar la vegetación. Una sombra se marcaba en el suelo, pero no era la suya.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a preguntarte algo —respondió Azrael—. ¿Quieres dar un paseo?

La muchacha reaccionó a la respuesta con una sonrisa, la misma que se dibujó en el rostro de Azrael.